

EL

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educación, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEBLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuación), por María del Pilar Sinués de Marco.—*A la memoria del empuente p. eta don Ventura de la Vega*, soneto, por don Lorenzo Campano.—*Cadáveres*, por don Juan Manuel Marín.—*Ante el retrato de mi madre*, por don José de Castro y Pita.—*Pedro y Camila*, (continuación), por Alfredo de Musset.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Modas*, por Pamela.—*Labores*, por Pamela.

Con este número se reparte un pliego de dibujos, y el pliego catorce del tomo sexto de la *Galería de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE TERCERA.

MADRE.

(Continuación).

VII.

LA BARONESA DE CASTELLAN A LA MARQUESA DE MONTEMAR.

C..... julio de 18...

¡Qué extraña cosa es para mí el oírte hablar en serio, mi querida Valentina, ó mas bien el leer una carta tuya escrita gravemente, como la última que me has dirigido!

A la verdad, como hacia ya largo tiempo que no veía tu letra, creí al pronto que aquella carta no la habías escrito tú; qué pena te causa la esposa del imbécil abogado! qué elogios le prodigas! nunca la he visto, pero te aseguro que ahora tengo infinitos deseos de conocerla, y que no perdonaré medio ninguno para lograrlo: por lo pronto tengo uno á la mano que voy á poner por obra, y del que te voy á hablar ahora mismo.

Cuando yo llegué aquí con mi hermana, no vino á visitarnos: se hallaba entonces enferma, porque, según dicen, disfruta de poca salud;

pero me envió su targeta: como yo no tenía ningun interés en conocerla, no la visité, aunque me daba derecho para ello su enfermedad: ahora es otra cosa: dentro de pocos dias es el santo de Sofia, y pienso dar un té, para el cual la convidaré: si no viene, buscaré otros medios.

He hablado de ella á su marido, el que, según se vé, no sabe estimar lo que vale, ó por mejor decir, es uno de esos hombres de imaginación inquieta, que, por estar rodeados de demasiada felicidad, se hastian de ella, y buscan en locas quimeras un alivio á su tedio.

No puedo ni quiero negarte que este hombre vale: su talento es claro y penetrante: su inteligencia elevada y grandiosa: acaso engañado por el mismo fuego que arde en su cerebro, y cegado por las ráfagas de su propia ambicion, corre en pos de todo lo que brilla, y todo lo que es humilde y modesto le causa desden ó enojo.

El mayor castigo que Dios ha podido darme por las ligerezas que he cometido y que han comprometido el decoro y la dignidad de mi familia, ha sido esta comprension clara y este modo de razonar lógico y preciso que hay en mí: he visto y observado el mundo, demasiado por mi desgracia, para no despreciarlo profundamente, y por eso hay en torno mio un vacío casi imposible de llenar.

Lo mas bello, bueno y amable, que en él he hallado, es á mi hermana Sofia: con profunda

compasion la veo á mi lado, y soy la primera en aconsejarle que haga lo que debe hacer, es decir, todo lo contrario de lo que hago yo.

Sofia se casará: á pesar de las sombras que yo le echado sobre ella y sobre mí, habrá un hombre honrado que la ame y que la haga su esposa: tiene además una amiga, casada hace un año, y que estuvo con ella en el *Sagrado Corazon de París*, pues ya sabes que yo he procurado educar á mi hermana como á mi me educaron mis padres y que he respetado su inocencia y he velado por su dicha.

Sofia ha pagado bien mis desvelos: no es posible ver una jóven mas buena, mas adorable: apenas sabe nada de las locuras que han ocupado estos últimos años de mi vida, y que me separaron de mi marido y de mi hijo: ¡ah! qué influencia tienen los santos recuerdos de la familia, aun en las naturalezas mas pervertidas, que no se pueden evocar sin que el corazon palpita y el llanto inunde los ojos!

¡Mi marido!

A pesar de sus defectos, qué bueno era, y cuán superior á los hombres que me alucinaban con su brillante esterioridad!

¡Yo le llamaba tirano! y cuántas odiosas tiranías he sufrido despues!

No! no hay en la tierra un solo hombre perfecto: y si lo hubiera, no amaría á la mujer que olvida sus deberes!

Dejé á mi marido y á mi hijo por correr tras de culpables ilusiones: la vista de aquella pobre criatura no alcanzó á apagar los locos sueños de mi imaginacion; ¡ah! la mujer, que es madre, no es dueña de sí, ni se pertenece! su honor es el de su hijo, y para su hijo debe reservarle immaculado y puro!

Pero dejemos esto: lo hecho, hecho está, y además no quiero provocar tu risa con mis alardes de arrepentimiento.

Salí de Lóndres debiendo mucho dinero: y contando con muy escasos recursos, pensé buscar un rincón donde vejetar algunos meses: al pasar por París, saqué á Sofia de su pension, pues ya habia cumplido diez y siete años, y me la traje conmigo á mi rincón, como yo llamo a esta pequeña, triste y solitaria ciudad.

Veo que tampoco has hallado la felicidad desde que yo te dejé: tú, la mujer á la moda en París y en Madrid: tú, rica, hermosa, libre, porque tu marido no se cuida de tu vida, ¿por qué no eres dichosa? Yo apenas soy bella ya, y llevo al fin de mi juventud: pero tú, Valentina,

tienes veinte y cuatro años, y pareces mas triste; mas desalentada, mas desengañada de la existencia que yo.

No sé lo que estaré aquí: antes me divertia la conquista del abogado: desde tu última carta, en la que me dices lo mucho que debe á su esposa, y lo mal que le paga, siento por él como una mezcla de desprecio y de aversion: porque esa criatura, que me pintas tan buena, es tambien tan desgraciada como yo? es que no existe la dicha en ninguna parte del mundo? y si existe, dónde está? dónde la buscaré? dónde podré encontrarla?

Pero no eres tú la que puede decirme estas cosas, Valentina: en medio del incienso y de las adulaciones que deben rodearte, yo te hallo al cabo de cinco años, que he dejado de verte, sola, apesurada, y buscando un refugio en el amor de tus hijos, que no te pagarán bien, porque los educas mal: ¡ser madre! hé aquí una palabra que á unas mujeres conduce al seno de las alegrías mas puras é inefables, y á otras al abismo del mas terrible dolor!

Te diré mi parecer acerca de tu amiga: entretanto ya sabes que soy tuya siempre

AMELIA.

(Se continuará).

Maria del Pilar Sinués de Marco.

A LA MEMORIA DEL EMINENTE POETA

DON VENTURA DE LA VEGA.

SONETO.

Pierde una madre al hijo á quien adora,
Y aquel pecho en que amor vertiera un día
Sus torrentes de luz, túrbado ahora
Es de negra aflicción cárcel sombría.

Vuela el tiempo, la triste madre llora
Su dulce bien perdido, su alegría...;
Pero vástago nuevo en nueva aurora
Tal vez rompe su noche de agonía.

El maternal amor, en su honda pena,
Si un bien pierde otro bien halla fecundo:
Madre afligida la española escena,

Hoy llora un hijo... Ea su dolor profundo
¿Quién el vacío de su muerte llena?

—Unrecuerdo inmortal: su HOMBRE DE MUNDO.

Lorenzo Campano.

Madrid y diciembre 2 de 1865.

CADÁVERES.

(Artículo necrológico)

Nos hemos propuesto hablar de los muertos. Mas como el asunto no puede ser mas triste, vamos á revestirlo con un giron de vida, y á tratarlo por una faz, que podrá ser tildada de escéptica, pero que, en cambio, es muy verdadera: nos ocuparemos de los muertos *vivos*.

Esta contradiccion, esta paradoja, necesita una explicacion: hé aquí, empezando nuestra tarea, la que podemos dar.

Créese, por lo general, que los muertos son únicamente aquellos á quienes nosotros los vivos llevamos á la fosa.

Que no hay otros que aquellos sobre quienes cae la fria tierra que arroja la pala del sepulturero.

¡Qué error! ¡Qué cándido amor propio!

Hay por centenares, y por miles, séres á quienes llamaremos cadáveres de *incógnito* que se rozan con los vivientes y que, confundidos con ellos, hablan, caminan, se mueven y obran.

Hablan, sí; mas la apagada palabra que brota de sus descoloridos lábios está, como ellos, muerta y resuena privada de fuego, de entonacion y brío.

Caminan; pero, en vez de músculos, tienen resortes enmohecidos que se doblan: su marcha tiene un grado de voluntad y noventa y nueve de mecánica. Si van despacio, acaban por pararse; y si desean ir con rapidéz, terminan por botar.

Obran; mas sin conciencia; por rutina, por recuerdo de lo que hicieron en otras horas.

Sus manos están heladas, viscosas; cuando nos las ofrecen, al estrechárselas, se siente la misma impresion que si se tactara la piel de una boa.

Estos *cadáveres* se hallan y pueden verse en todas partes: en plazas y calles, en los teatros, en los paseos, en los cafés, en las tertulias: lo mismo en el palacio del prócer que en la cabaña del labriego; lo mismo en la soberbia capital que encierra 300,000 almas, que en la aldea humilde que no cuenta mas que 25: lo mismo en las amarillentas llanuras de la tierra, que en las inmensurables y líquidas del mar.

Forzados por su destino á continuar su farsa de vida, que no termina hasta que no se rompen para siempre los ligamentos del *maniquí* que forma su organismo, cubren bajo todos los

trages usuales la muerte que pasean, su incipiente descomposicion ó su putrefaccion completa.

La púrpura, el sayal, el frac y la chaqueta: las ricas telas ó los sucios harapos cubren las formas de esos *muertos*, sirviéndoles de careta.

¿Quién no ha visto á alguno de estos cadáveres.

¿Quién no se ha hallado, en alguna ocasion, en contacto con uno de ellos?

¿Quién, como sea siquiera mediano pensador, no los conoce ó adivina á primera vista?

Mas por si acaso existe alguien que no sepa distinguirlos entre la turba humana, apuntaremos ligeramente los principales rasgos que los delatan.

Quando veais un hombre á cuyo corazon é inteligencia no arranquen un latido generoso de simpatía, ni un eco entusiasta, las santas palabras; Amor, Arte y Libertad; *ese es un muerto*.

Quando veais otro que no vive mas que por el oro, que sueña con el oro, que ama, adora y goza con el oro y por el oro: cuya ciencia toda se reduce á esta frase: Hay oro! que solo ama á la madre tierra porque encierra en sus filones oro, y que solo se acuerda de sus prójimos para pensar que de ellos se forman los mineros; *ese es un muerto*.

Quando encontréis otro de cuya boca se escapan á borbotones la ira y la imprecacion: cuyas manos convulsas buscan ávidas las empuñaduras de estoques ó puñales; que sueña con la sangre y la venganza; que cifra su orgullo en ser feroz; en dejar atrás los rabiosos instintos del tigre; *ese es un muerto*.

Quando veais otro sumido en el lodo de la prostitucion, en la embriaguez del vicio, bajo todas sus formas, gustando su vida en matar su inteligencia y en poner sus anhelos muy por debajo de los del bruto; *ese es un muerto*.

Quando noteis que otro se separa bruscamente de su camino, y vuelve la espalda al anciano que sucumbe de fatiga, al niño que llora de abandono y de frio, ó á la mujer que cae; *ese es un muerto*.

Quando veais otro que si le habláis del *Pasmo de Sicilia*, de *La Divina Comedia* ó de *El Escorial*; de *La Sonámbula* ó de *La Venus de Medici* que si pronunciáis ante él las palabras: génio, poesia, gloria, se queda sin comprenderla ó ensaya delinear una sonrisa burlesca con sus estúpidos lábios; *ese es un muerto*.

Cuando oigais que otro se cree solo y esclusivo poseedor de un infalible criterio; dueño absoluto siempre y donde quiera de una razon suprema; *ese es un muerto.*

Cuando escuchéis á otro defender el criminal absurdo de que no tienen el mismo origen las distintas razas que forman la gran familia que se llama Humanidad; y el de que de estas razas, unas nacen para gozar todos los bienes y otras para sufrir todos los dolores en la vida: *ese es un muerto.*

En fin, el cruel padre, el hijo malvado, el desleal amigo, la esposa infiel, el hombre sin honra, y la mujer sin pudor: *son muertos.*

¡Muertos, si, ante Dios y los hombres de recto corazon y noble inteligencia; muertos á la Caridad, á la Fé y á la Esperanza; muertos, si, para esos tres veneros de verdadera salud, de verdadera vida!

Porque la vida, tal como el Supremo Señor la hizo, no es la maldad; no es la avaricia; no es la ira; no es la dureza de corazon; no es la envidia; no es la infamia; no es la brutalidad!...

La vida, hija de Dios, es la Verdad, es el Amor, es la Bondad, es el alma; es el goce del saber y del bien, ese deleite escelso y soberano; es, en conclusion, lo delicado, lo noble, lo grande!

Y como esos repugnantes cadáveres que mas arriba bosquejamos, ó han perdido toda nocion de lo que acabamos de consignar, ó jamás lo sintieron. . vagan en la arena de la existencia, luciendo sobre sus frentes este fatal letrero:

«Aquí no hay vida.»

No olvidéis, lector de estas líneas, lo que en ellas decimos; y cuando te halles en medio de una gran multitud, tiende la vista sobre sus grupos y recuerda nuestras definiciones: si así lo haces, seguros estamos de que pronunciarás la frase con que nosotros terminamos este artículo:

¡Cuantos muertos!...

¡Cuantos muertos!

Juan Manuel Martín.

ANTE EL RETRATO DE MI MADRE.

(A MI LLEGADA DE MADRID.)

Vengo á tu lado á terminar mi vida,
Calma buscando aquí;

Héme, pues, con mi afan, madre querida,
Suspirando ante tí.

Mi seco lábio con amor te invoca
En mi acerba afliccion;

Y al ver la risa de tu dulce boca
Solloza el corazon.

No sé qué dulce, inexplicable encanto
Siento al mirar tu faz;
Sé qué á mis ojos ha tornado el llanto
Y á mi pecho la paz.

Que desde que volaste á la alta esfera,
Do mora eterno amor,
No ha venido una lágrima siquiera
A aliviar mi dolor.

Desde entonces jimiendo en mi agonía,
¡Cuánto, ay, madre, sufrí!
Y en vano te he llamado, madre mia:
Te olvidabas de mí!

Hoy que huyeron del alma la alegría,
La calma y el amor,
Y que navega la existencia mia
Por el mar del dolor;

Hoy que ya el fin de mis pesares tozo,
Fin que jamás temí,
Lleno de afecto y ansiedad te invoco,
¡No te olvides de mí.

José de Castro y Pita.

Lugo.

PEDRO Y CAMILA.

POR ALFREDO DE MUSSET.

(Continuacion.)

El dolor de la jóven á la muerte de su madre, fué tan violento, que se habia temido largo tiempo por sus dias. Cuando el cuerpo de Mme. de Arcis habia sido retirado del agua, y llevado á casa, Camila acompañó este cortejo fúnebre dando gritos de desesperacion tan desgarradores, que las gentes del país tenían casi miedo. Habia, en efecto, algo de espantoso en este ser que estaban habituados á ver mudo, dulce y tranquilo, y que salia de repente de su silencio en presencia de la muerte. Los sonidos inarticulados que se escapaban de sus lábios, y que ella únicamente no oia, eran casi salvajes: no eran, ni palabras, ni sollozos, sino una especie



de lenguaje horrible, que parecia inventado por el dolor; durante un dia y una noche, estos gritos espantosos no cesaron de llenar la casa. Camila corria á todos lados, se arrancaba los cabellos y golpeaba las paredes: en vano procuraron consolarla: la fuerza misma fué inútil; el cansancio la hizo al fin caer al pié del lecho donde el cuerpo de su madre estaba depositado.

De repente pareció recobrar su tranquilidad acostumbrada, y, por decirlo así, olvidarlo todo: quedóse algun tiempo en una calma aparente andando todo el dia al acaso con un paso lento y distraído, sin rehusar ninguno de los cuidados que se tomaban por ella: creyeron que se habia consolado, y el médico, á quien se habia llamado, se engañó como todos los demas: una fiebre nerviosa se declaró bien presto con los mas graves sintomas, y fué necesario velar constantemente por la enferma.

Escribió el ama de llaves al tío Giraud, y este tomó la resolucion de ir al instante al socorro por sobrina.

—Ya que Camila no tiene padre ni madre en este momento, dijo á sus amigos, yo me declaro uno y otro y me encargo de ella. Esta niña me ha gustado siempre: he pedido con frecuencia á su padre que me la diese, y aunque no es justo que ahora le prive de su hija, por el pronto, yo la ampararé: á su vuelta veremos.

El tío Giraud no tenia gran fé en la medicina por una razon; era esta que apenas creia en las enfermedades, porque no habia estado nunca enfermo.

Una fiebre nerviosa le parecia una quimera ó á lo sumo un desarreglo de ideas, que un poco de distraccion debia curar: decidió, pues, llevar á Camila á París.

—Vosotros veis, dijo á los criados, qué triste está la niña: no hace mas que llorar y tiene razon, porque solo una madre nos da Dios! Pero aquí no se trata de que la hija se vaya porque la otra se haya marchado: es preciso procurar que piense en otra cosa y dicen que París es muy bueno para esto: yo no conozco á París ni ella tampoco. Así, pues, me voy y la llevo: esto nos divertirá á los dos. Por otra parte, aunque solo sea la fatiga del camino ha de serle provechosa: yo he tenido penas como los demás, y siempre que he visto saltar delante de mí el látigo de un postillon, me he sentido remozado.

Camila y su tío fueron, pues, á París: M. de Arcis, instruido de este viaje por una carta del tío Giraud, lo aprobó: á la vuelta de su escur-

sion á Holanda, habia traído á Chardonneux una melancolía tan profunda que le hubiera sido casi imposible ver á nadie sin exceptuar á su misma hija. Parecia querer huir de todo ser viviente y buscar donde huir de sí mismo. Casi siempre solo, á caballo en los bosques, fatigaba su cuerpo con exceso para dar algun reposo á su alma. Una tristeza oculta, incurable, le devoraba: reprochábale en el fondo de su corazon el haber hecho á su mujer desgraciada durante su vida, y el haberla abandonado en la noche fatal del baile.

—Si yo hubiera estado allí, se decia, ella viviria y aun podíamos ser dichosos!

Este pensamiento, que no le dejaba nunca, emponzoñaba su vida.

Su deseo mas ardiente era ver á Camila dichosa, y estaba pronto á hacer para esto los mas grandes sacrificios. Su primera idea, al volver á Chardonneux, habia sido la de reemplazar cerca de su hija á su esposa y pagar á la niña esta deuda de corazon que habia contraído; pero el recuerdo de la semejanza de la madre y de la hija le causaba de antemano un dolor intolerable: era en vano que buscase engañarse sobre su dolor mismo, y que quisiera persuadirse de que seria mas bien á sus ojos un consuelo, un medio de dulcificar su pena, el encontrar, en un semblante amado, los rasgos de aquella que lloraba sin cesar. Camila, á pesar de todo, era para él una reconvenccion viviente, una prueba de su falta y de su desgracia, que él no se sentia con fuerzas para soportar.

El tío Giraud no deseaba mas que alegrar á su sobrina y hacerle la vida agradable. Desgraciadamente esto no era fácil: Camila se habia dejado llevar á París sin resistencia, pero no queria tomar parte en ninguno de los placeres que el buen hombre trataba de proporcionarle; por toda respuesta enseñaba ella su vestido negro.

El viejo maestro de obras era obstinado: habia alquilado, como se ha visto, una habitacion amueblada en un hotel de las Mensagerias, el primero que un *comissionaire* de la calle le habia indicado, no pensando estar mas que un mes ó dos. Pero ya estaba allí con Camila hacia cerca de un año. Durante este tiempo, Camila habia rehusado todas sus proposiciones de partidas de placer, y como él era al mismo tiempo tan bueno y tan paciente como terco, esperaba aun convencerla y alegrarla.

Amaba á esta pobre jóven con toda su alma

por uno de esos encantos inexplicables que ligan la bondad á la desgracia.

—Pero en fin, yo no sé, dijo apurando del todo su botella, lo que te puede impedir venir á la Opera conmigo: aquello cuesta muy caro: ya tengo los billetes en mi bolsillo: tu luto acabó ayer: tienes dos trajes nuevos; ponte uno, el mas lindo, encima el capuchon, y...

El buen hombre se interrumpió al llegar aquí.

—Diablo, añadió, tu no entiendes nada de cuanto digo y no habia pensado en ello. ¿Pero qué importa? tienes buena vista y para ir allí, basta: tú no oyes, pero yo escucharé: además, ambos veremos bailar.

Así hablaba el buen tio que no podia nunca persuadirse, cuando habia alguna cosa interesante que decir, de que su sobrina no podia ni entenderle ni responderle: hablaba con ella á pesar suyo. Por otra parte, cuando ensayaba explicarse por señas, Camila le entendia menos: el tio Giraud habia, pues, adoptado la costumbre de hablarle como á todo el mundo, si bien gesticulando con todas sus fuerzas; Camila estaba hecha á esta pantomima y encontraba modo de responderle tambien por señas.

(Traduccion).

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

REVISTA DE LA SEMANA.

Suicidios.—El director del Conservatorio.—Era un hombre!
—Libro que nace.

¿En qué consiste que los hombres se matan? Esta pregunta les hago yo á todas las mujeres.

De algunos dias á esta parte, todos los dias anuncian los periódicos noticias de suicidios.

Desde la navaja prosaica y vulgar hasta el aristocrático revolver, todas las armas conducen al mismo fin.

Algo grave debe suceder en el seno de las familias, que es un seno misterioso como el de los mares y oscuro como el de una mulata.

Las modistas se asfixian y los literatos se saltan la tapa de los sesos.

—En qué país vivimos? Me preguntaba ayer una jóven.

—En el país de los desencantos, amiga mia.

Y en efecto, hay sobra de desengaño en Madrid, así como hay sobra de engaño. Todo es

relativo y á medida que el tiempo avanza, la fé se pierde.

Y como la fé, aunque se pierda, no puede anunciarse en el *Diario de avisos*...

Pero... ¡ah, qué ideal! la fé podria anunciarse como pérdida en la *Esperanza*...

Grandes reflexiones podrian hacerse á propósito de esto, pero me lo impiden consideraciones muy respetables.

Hablemos ahora de un suceso por el cual me congratulo.

El señor D. Adelardo Lopez de Ayala, ha sido nombrado director del Real Conservatorio.

Esta noticia ha sido acogida con alegría por todos los periódicos de Madrid, y EL ANGEL DEL HOGAR no puede menos de felicitar al autor del *Tejado de vidrio* y *El tanto por ciento*, por el nombramiento justísimo de que ha sido objeto.

El nombre de Ayala, intimamente ligado con el Teatro español, ha traído á mi memoria algunas novedades teatrales.

Por ejemplo, la silba *fenomenal* que se ha oido en el teatro de la ópera hace algunas noches. El señor Caballero del Saz ha perdido los estribos, y yo me alegro en el alma, porque de ese modo tal vez se evite que el empresario cabalgue sobre nuestras narices.

Es indudable que el famoso teatro, la famosa compañía y el famoso empresario se nos han montado en la nariz y nos molestan de tal modo, que así como antes cuando veíamos en las esquinas un cartel anunciando que tal ó cual ópera se habia suspendido, lo sentíamos, y esperábamos á la noche siguiente, para ir á oír la ópera, ahora, cuando vemos la proverbial frase *no hay funcion*, decimos respirando fuertemente: ¡Qué fortuna! Hemos llegado al caso de sentir una satisfaccion al ver que el público, del que formamos parte, se ve libre de un disgusto.

Dejemos al empresario incomprensiblemente entregado á sus tareas lamentables, y ocupémonos de un grave suceso que los periódicos de Madrid y de provincias han referido.

Una familia del pueblo de Alcover (Tarragona), tenia una hija llamada Dolores.

La niña recibió tal nombre en la pila bautismal, hace diez y ocho años.

Creció, como era natural; hasta aquí no hay nada de extraordinario.

Fué educada conforme á las sanas costumbres de la provincia, y se dedicó á las faenas propias de su sexo. Todo continuaba con regularidad sin que de parte de Dolores ni de parte de sus padres se manifiestase cosa notable alguna.

Pero hé aquí, que despues de diez y ocho años de vida tranquila y sosegada, se le ocurre Dolores decir que queria ya salir de aquella

situación violenta y anómala; que no podía llamarse Dolores, ni siquiera Lola; que no era cierto lo que aparentaba con sus trajes y sus ocupaciones. En una palabra, Dolores era un hombre!

El juzgado de Vallz ha tomado cartas en el asunto, y Dolores va á dejar las faldas por los pantalones.

De esta noticia deduzco dos consecuencias; primera, que ya no puede uno fiarse, ni de los sexos; y segunda, que Dolores no debía usar pantalones, como algunas de mis lectoras, porque de haberlos usado, no se vería en el caso de que los periódicos dijieran ahora que ha tomado los calzones. ¡Por algo están en moda esas prendas! El sexo bello sabe mucho y siempre está prevenido.

Termino esta *Revista* anunciando otra; es decir, recomendándoles eficazmente un cuadernito en prosa y verso que verá pronto la luz pública con el título de *Revista cómico fúnebre del año 65*, escrita por cuatro señoritos apreciables cuyos nombres ignoro.

Eusebio Blasco.

MODAS.

La marquesa de Goy, jóven encantadora, ha establecido en su casa de París un salón de labor, caliente, adornado de la manera mas agradable: este salón es hoy el mas bello, y también el mas á la moda de la alta sociedad parisiense.

No hace mucho tiempo que nuestra directora publicó en las columnas de EL ANGEL DEL HOGAR una preciosa novelita, traducida del francés, con el título de *El velo blanco*: os acordáis, lectoras mías, de las *mañanas de remiendos* del salón de Mme. de Lestang? si no os acordáis, buscad el número 29 de este año.

La marquesa de Goy ha hecho lo mismo que Mme. de Lestang: ha abierto un salón de labor: la verdad es que en él no se remienda solamente: las señoras y señoritas, que se reúnen allí, hacen también sus trajes, además de confeccionar canastillas para los niños pobres y para las ancianas desvalidas.

¡Qué hermoso salón! ¡no es verdad, lectoras mías? sobre todo qué útil, y qué ópimos frutos recoge de él la caridad!

Ved aquí lo que nos dicen en carta particular de París que nos dirige una amiga nuestra.

—«He estado ayer en el salón de la marquesa de Goy, hada protectora de la economía y el tra-

bajo: el salón es pequeño: una alfombra gruesa y tupida cubre el pavimento: cortinas de gran abrigo caen delante de los balcones, por los que el sol deja pasar sus benignos rayos: un alegre fuego arde en la chimenea, y algunos cuadros de Wateau adornan las paredes.»

«La marquesa se halla sentada al lado de uno de los balcones, y en torno de ella hacen círculo las señoras y señoritas: una borda una graciosa greca con soutache, en un traje de foulard, que ha de llevar la semana próxima para un comida de confianza: otra bastilla la entretela de un abrigo de terciopelo: mas allá una elegante y jóven dama arregla el último gorrito en la canastilla destinada á un pobre niño que ha llegado al mundo sin abrigo, por la indigencia de sus padres: una rubia jovencita de quince años borda las iniciales de su herniana en una sábana de batista: otra de diez y ocho arma un primoroso sombrero: en fin, en el salón de la marquesa de Goy se ahorra mucho dinero.»

Dícese que se ponen de moda el trabajo y la economía, y que la sociedad entra en una reacción provechosa: ¡quiera Dios que sea verdad, y que el lujo se vea detenido en su desenfadada carrera, olvidándose de él, no las grandes y opulentas señoras que pueden y deben gastarlo, si no las de mas modesta fortuna, para las cuales no será un sacrificio la moda sencilla y económica: si Mme. de Goy consigue este resultado, bendita sea mil veces!

Las telas de seda son este año de una riqueza y de un gusto extraordinarios.

Debemos hablar, en primer lugar, del raso de diferentes matices, que es la tela aristocrática por excelencia: hemos visto un vestido de raso gris claro, sembrado de lunares verdes, muy pequeños, que es el ideal de lo bello.

La falda de este traje, nesgado y de gran cola, lleva en la parte inferior tres encañonados de cinta de raso verde, puesto cada uno sobre una tira de encage negro; dichos encañonados forman grandes ondas, y estas se hallan rellenas en la parte interior con un volante de guipure negro.

El cuerpo es redondo, pero lleva al rededor pequeñas aldetas hendidas y orilladas de cinta verde y guipure negro: la manga, muy ajustada de abajo, lleva en la parte superior un bullon de raso, atravesado por cintas verdes, que sostienen una graciosa concha de guipure.

Tal es este traje, que así conviene á una dama jóven como á otra de avanzada edad, y que tiene un esquisito sello de sencillez y de buen gusto.

Como traje propio para asistir á concierto ó á un palco del Teatro Real, debemos describir uno en extremo gracioso; es tambien gris ó aplo-mado, pues este matiz es uno de los que se hallan mas en boga, y casi el solo aceptado para las reuniones de alguna etiqueta: la tela es glasé sencillo: el bajo de la falda se halla adornado por grandes conchas de encage, sujetas por un pasador de terciopelo: encages estrechos adornan la delantera y el escote, y forman tirantes: el cuerpo es una casaca griega, que se abre con una gracia suprema sobre un chalequito de raso blanco, adornado por entredoses de encage negro: las mangas ajustadas, pero abiertas en la costura del codo, dejan escapar buches de raso blanco, entre dos encages negros: para los cabellos ha'ia preparada con este traje, una banda de encage negro, sujeta al lado izquierdo por una rosa grana con follage verde: los pendientes eran de perlas.

Hablemos algo de sombreros.

Hemos visto dos, al salir de la caja donde los habia colocado una de las mas afamadas modistas de Paris, cuya descripcion voy á hacerlos.

El uno tiene la mitad del ala de terciopelo negro: y la otra mitad de *moirée* blanco cubierto de tul negro sembrado de lunarcitos: la copa y pequeño bavolet armado, que completa la forma Imperio, son tambien de terciopelo: á un lado y entre una concha de encage blanco y negro mezclado, se halla un grupo compuesto de dos rosas de pasion: por dentro, plegado de terciopelo negro y moaré blanco, y otra rosa colocada casi al lado izquierdo.

El otro es de gros blanco, cubierto de tul negro moteado: cinco barretas de terciopelo azulina le atraviesan, y estas se hallan sembradas de cuentas de azabache bastante gruesas: por dentro plegado de terciopelo azulina y tul blanco: bridas azules.

En cuanto á abrigo, nuestros figurines, tan elegantes, tan sencillos y naturales, os dirán que el paletot semi-ajustado, sea de terciopelo, de paño, ó de felpa de seda ó lana, es la confeccion que disfruta mas favor entre las señoras verdaderamente elegantes.

Pamela.

LABORES.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

Número. 1. Cuello para bordar en aplicacion de batista sobre tul.

Núm. 2. Puño correspondiente.

Núm. 3. Cuello para bordar á plumetis y punto de armas sobre nanzouck.

Núm. 4. Puño correspondiente.

Núm. 5. Esquina de pañuelo, á punto de pluma, punto de armas y calados de Alenzon.

Núm. 6. Esquina de pañuelo para bordar á plumetis y feston.

Núm. 7. Cenefa bordada con soutache para cortinas, debiendo repetirse desde la letra A, á la letra A., cuantas veces sea necesario para la estension que se desee obtener.

Núm. 8. Gran escudo á realce, para sábanas, con cifra N. L. Para alinchada se puede bordar solamente el lazo y la cifra.

Núm. 9. Entredos bordado con soutache y cuadros rellenos de malla, para enagua.

Núm. 10. Entredos, á plumetis y bordado inglés, para ropa de niños.

Núm. 11. Tira á feston y á la inglesa para chambras y gorras de noche.

Núm. 12. Otra tira para el mismo objeto

Núm. 13. Escudo, á feston y plumetis, con las letras T. N. para pañuelo.

Núm. 14. Otro escudo con las mismas letras.

Núm. 15. B. N. enlazadas, á feston y realce, para sábanas.

Núm. 16. L. R. enlazadas, á feston, para igual objeto.

Núm. 17. H. M., á plumetis y minuto, para pañuelos.

Núm. 18. A. F., á realce, para idem.

Núm. 19. E. R., á plumetis, para camisa.

Núm. 20. A. G., á plumetis, para pañuelos de caballero.

Núm. 21. Nathalie, para pañuelos.

Núm. 22. Onésime, para lo mismo.

Núm. 23. Patron de un perrito para adorno de un acerico.

CROCHET. Dibujo para una colcha que se ejecutará con algodón número 24.

Este magnífico dibujo puede servir tambien para bordar una alfombra en cañamazo grueso con lanas de Berlin, dejando al buen gusto de la señora ó señorita, que la ejecute, la combinacion de los colores.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINEÚS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. España, Torija, 14.



686
Imp. Maritan

LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal des Dames et des Salons

Chapeau de la M^{me} Liotine, 76, r. N^{ve} des Petits Champs. Robes et Confections de M^{me} Frost, 51 rue Lafayette. Fleurs de Guilt, 22, N^{ve} St Augustin. Bijoux imités à l'Ombre du Vrai, rue Vivienne N^o 5. Parfums et savons de toilette de Violet, 7, place de l'Impératrice. Machines à coudre de Martougeu B^o Sebastopol, 70.

On s'abonne à la Société des Journaux de Modes réunis, à Paris, rue St^e Anne, 64.